

Director: GABRIEL S. MOREAU
Número Sueldo 0,10 cts.

EL PLETO DEL ARZOBISPADO

por Raúl H. Casares

Comenzan a figurar en la prensa "seria" algunas noticias tendenciosas sobre el turbio pleito que frente a la Cancillería Argentina sostienen los emisarios del Estado Pontificio, para que el Vaticano se desvincule de su posición en el Senado de la Nación Argentina. Las nuevas noticias sugieren que la Santa Sede ha encontrado una fórmula de arreglo que importa dar una satisfacción a Mons. D'Andrea por su descalificación como arzobispo nombrado por las autoridades de nuestro país.

Esa "fórmula de arreglo" es, simplemente, una burla. No está en cuestión el amor propio herido del descalificado, sino el Derecho de Patronato de la Nación Argentina sobre la Iglesia Católica cuyo culto sostiene. El primer asunto es de interés exclusivo para las dos facciones católicas que han tenido a muerte en torno de la persona de D'Andrea, como argentinos, que es indiferente que la Santa Sede le dé cualquier satisfacción personal, siempre que no sea un señalamiento al Cardenalato.

Lo que no podemos aceptar es que el Estado Pontificio desconozca un derecho expresamente consagrado en la Constitución Nacional, basándose en cambios oblicuos para eludir el Patronato. El asunto es bien sencillo. Nuestro Gobierno ha nombrado Arzobispo a la Santa Sede, negando al nombrado la investidura canónica, de modo de hecho sin efecto su nombramiento. Que debe hacer nuestro Gobierno? Que por hecho el nombramiento, que es vitalicio, y dejar que el arzobispo se mantenga canónicamente vacante mientras viva el arzobispo. Cualquiera conflicto fomentado por los agentes de Roma en nuestro país, que no son pocos, ni "menudillos", traerá como consecuencia inmediata la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, y como consecuencia ulterior la reforma constitucional que traerá la separación de la Iglesia y del Estado.

Todo otro "arreglo" sería vejatorio para la dignidad nacional e implicaría una burla de la Constitución, pues tendría por base que la Argentina reconociera al Estado Pontificio el derecho de vetar un nombramiento efectuado de acuerdo con las prescripciones constitucionales. Es admisible que un gobierno extranjero ejerza actos de soberanía en nuestro país o limite el valor de los actos realizados por nuestro gobierno legítimo? De esto se trata, pues, y no de dar satisfacciones personales a Mons. D'Andrea, que nunca ignoró los peligros que amenazaban su nombramiento cuando gestionó votos políticos en favor de su candidatura; si el quiso imponer su candidatura contra la oposición casi unánime de las fuer-

HIPOTECA

Con entristecedora frecuencia leemos en la prensa de la América Latina noticias "regocijadas" sobre la obtención de nuevos empréstitos en los Estados Unidos. El imperialismo capitalista yanqui, puede jactarse de que favorece y protege a nuestros pueblos: es evidente que la culpa no es suya, si existen gobiernos imperiales que necesitan su limosna y solicitan su protección, sin advertir que esos empréstitos constituyen una hipoteca de la soberanía nacional.

No pretendemos que, en principio, sea siempre repudiable la contratación de empréstitos en el extranjero; hay países de evolución económica más avanzada, que necesitan la cooperación de otros y así lo enseñó Juan B. Alberdi en el admirable libro "Bases". Pero existen acreedores indeseables, lo mismo para los pueblos que para los individuos. Es indigno e inmorales pedir préstamos de dinero a personas que codician arrebatarlos algún bien ligado a nuestro sentimiento del honor; y todos miramos cómo el más vil de los cornudos al necesitado que pide dinero a quien precisamente le ofende su mujer.

Este es el caso de las naciones latinoamericanas frente a los Estados Unidos. El coloso imperialista del Norte ha declarado públicamente, por boca de Mr. Hughes, que se reserva el "derecho de intervención" en los países de todo este hemisferio, sin exclusión, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos; en buen castellano, que no quiere que nadie que no quiere, sea significativamente "reducido" a la situación de meras colonias, con tolerancia de nuestro gobierno propio "mientras ello no afecte los intereses de Estados Unidos".

No cabe, pues, mayor desprecio por la independencia de nuestros pueblos que acudir al capitalismo norteamericano en busca de dinero para salvar la impericia de los gobernantes: pues

zas católicas organizadas en la Argentina, no puede sorprenderse de que esas fuerzas católicas hayan logrado su descalificación en Roma. Conviene que el Estado le nombrara contra la opinión de la Iglesia; sufra que la Iglesia le desista sobre la opinión del Estado. Eso no le interesa al país, ni es el asunto que "arregle" simulan ofrecer los agentes del Papa Rey.

Creemos que el Parlamento Argentino, en vez de empequeñecerse con las menudas riñas banderizas que hoy día se levantan en los asuntos del país, se habrá planteado claramente el dilema grato a la conciencia nacional: o se reconoce y acata el Derecho de Patronato de la Nación Argentina sobre la Iglesia Católica, o se va directamente a la Separación de la Iglesia y del Estado.

La biblioteca de Ingenieros

Algunas confidencias literarias

por Alberto L. Solari

Hace algunos años escribí Ingenieros que los libros son herramientas de trabajo para el hombre de estudio, y disfras de la propia imbecilidad para el hombre de mundo; distinguía, con ese motivo, las bibliotecas: aparentemente desordenadas de los intelectuales que las usan y las bibliotecas estropeadas y desordenadas de los hombres que las exhiben. En las primeras los libros están trenidos por su función; en las segundas, por su forma. De allí que las unas tengan el aspecto de un taller en actividad, corriendo la vida a través de las herramientas, y las otras parecen un depósito, en que los libros son el complemento estético de la estantería. Y, en verdad, con sus filas de tomos, papejos, bien encuadernados, dispuestos con simetría; la biblioteca del hombre de mundo invita a mirar los títulos pero desanima la mano audaz de quien intenta tomar un libro, pues descompromete el orden y la disciplina del ejército de cadáveres encuadillados en sus nichos.

Pero aún las bibliotecas de trabajo suelen enviejarse; acumulando junto a las herramientas inútiles una cantidad variable de otras ya inútiles, de que el trabajador no se atreve a desprenderse; resulta así, que según Ingenieros, en toda biblioteca privada coexisten partes vivas y partes muertas, órganos en actividad y despojos estériles, que solamente atestiguan curiosidades extinguidas o apetitos satisfechos. Muy pocos hombres de estudio tienen el valor de limpiar su propia biblioteca de tiempo en tiempo, preferiendo los más enviejarse con ella, aparte de cierta natural vanidad que acaba por inducirlos a contemplar el monstruo que se levanta incesantemente las habitaciones y los recoberos de su casa, como un testimonio mudo de sus propios méritos o un certificado cuantitativo de sus virtudes intelectuales. Terminaba Ingenieros su artículo señalando el peligro de las bibliotecas para sus dueños, pues con el andar del tiempo el gusto por la lectura y el estudio suelen verse sustituidos por la manía coleccionista de los bibliófilos, análogo en todo sentido a la filatelia, que atribuye el mayor mérito a las piezas que desde hace más tiempo han dejado de servir para el uso que motivó su creación. Así como para el filatelista la mejor estampilla es la que ya no hace viajar cartas, para el bibliófilo el mejor libro es el que ya nadie se atreve a leer.

Los que conocíamos ese artículo de Ingenieros no hemos sido sorprendidos por la noticia de que había resultado hacer donación de su biblioteca a la Universidad Popular de la Sociedad "Luz", que tan valiosos servicios viene prestando a la clase obrera de Buenos Aires, desde hace veinte años, bajo la diligente dirección del doctor Angel M. Giménez. Y antes de que el hecho ocurriese, nos parecía de interés para todos los intelectuales de la América Latina, entrevistar al ilustre filósofo y hombre de ciencia, cuyo rango de desprendimiento es un simple punto en la línea recta de su conducta pública habitual.

A principios de mayo le visitamos en un chalet de Belgrano, cuya sencillez cobra valor por una reproducción en mármol de la Venus de Milo, de tamaño natural, que orna el jardín, y por dos grandes fotografías de la Minerva y el Apolo, que flanquean la puerta de entrada interior. Lo demás de la casa, simple hasta la humildad; los muebles más indispensables y muchos libros, aparte de una estufa que da la bondad y la inteligencia córden parajes, y de cuatro niños rebosante de salud y de indisciplina. Ingenieros ha establecido una norma de conducta, que sus niños repiten a cada instante: "en esta casa nada se hace lo que quiere, menos molestar a los viejos".

Sin muchos preámbulos entramos al asunto, pues tropezamos con dos habitaciones llenas de libros, que cubrían las paredes y obstruían los pisos. Una mitad del total estaba ya prolijamente habido en paquetes de fácil manejo, esperando la hora de la partida.

—De manera que todo esto se va...
—Ya lo sé, mi amigo. Si a mí me sirve va, justo me parece que lo aprovechen otros. Guardar libros que no se usan, y que no se usarán, es tan absurdo como coleccionar toda la ropa que uno ha usado en su vida, de lo del habero inicial hasta los abrigos.

—¿En qué trabaja ahora, doctor?
—Tengo listas para imprimir "La Organización", "Los furiosos morales" y "Del Amor", tres libros que no me corre prisa publicar. El primero completa el ciclo de la filosofía de la historia argentina; el segundo mi sistema de moral, elaborado en El Hombre Moderno y en Hacia una Moral sin Dogmas; el tercero es un libro de psicología del amor, hecho sobre conferencias mías de 1910. No lo quiero publicar todavía; hay tiempo, pero no son obras de actualidad política o deportiva. Lo único en que trabajo es en una obra de filosofía sistemática, cuyo título podría ser Principios de Metafísica, ajustada a las ideas críticas expuestas en mis Proposiciones... Necesito concluir antes de llegar a los cincuenta años, pues temo que pueda esa edad me sabría si pensar en el humorismo de Bernard Shaw o en la solemnidad de Spinoza. Misterios de la filosofía...

—¿Cuándo aparecerá?
—Eso corre menos prisa todavía. La humanidad sigue muy loca, por el desarrollo de la Revolución Social que se acentúa al terminar la guerra. La gente quiere periodismo político y en cada país han recrudescido los instintos de tribu, que siembran el odio recíproco; nadie está para cosas del espíritu, aunque todos lo digan. Lo contrario. Mucha política, mucho Firpo, muchos rayos diabólicos, susurros de Freud, promesas de Voronof, machaca de Spengler...
—¿Macanas?
—Sí, macanas; Spengler es el Nietzsche de la derecha prusiana, que ha ofrecido a sus compatriotas una teoría que los consuela, afirmando que toda la civilización occidental va hacia la ruina... Mal de muchos, consuelo de prusianos. Si Alemania hubiera ganado la guerra, nadie sabría que existe Spengler...
—¿Y de Einstein qué opina?
—He leído casi todo lo que se ha publicado al respecto y por eso no opino nada. En muchas partes sus juicios me parecen lógicamente evidentes; pero considero fantásticas sus hipótesis cosmológicas, que no son consecuencias lógicas de la relatividad restringida ni generalizada...
—Explíqueme, doctor...
—La sponga ponga término a esta visita, que ya he tomado desagradable convirtiéndola en reportaje. Las únicas personas que me molestan, son los que vienen a pedirme que dé una conferencia o a reportearme en nombre de algún diario...
—Pero es para "Renovación"...
—Que ya mismo proteja y que le mira como a un maestro.

—Agregue, entonces, que me propongo mucho los problemas de la América Latina frente al imperialismo capitalista norteamericano, que amenaza la independencia de nuestros pueblos y pretende ya tener "derecho de intervención" sobre estas naciones, como la Santa Alianza lo proclamó hace un siglo sobre las pequeñas nacionalidades europeas. Es probable que escriba sobre esto, en el mismo sentido que mis amigos Varona y Vasconcelos. Y, a propósito, qué interesante proceso histórico el de la Revolución Mexicana...
—Nos despedimos tonificados por el calor de la amable charla y asombrados de que tome disposiciones para su cremación, un hombre que se encuentra en el momento más propicio para la actividad fecunda y sazonal. Pero, es forzoso convenir que, para ciertos hombres, enviejarse sería peor que morir; por cuyo motivo no desearan a Ingenieros. Irá viva material, sino a condición de una larga juventud espiritual.

Nuestra Francia

por Arturo Orzábal Quintana

La nación que atribuye a los pueblos una personalidad colectiva, indivisible, en sí misma a través del tiempo, es de índole puramente metafísica y agena a la realidad de los hechos positivos. La unidad de las naciones, en efecto, pertenece al terreno de las instituciones; en las regiones del espíritu tal unidad no existe, ni podrá existir mientras haya, en el seno de los pueblos, grupos y clases, sociales cuyos intereses e ideales son inconciliables. La accidentada historia de Francia es la mejor prueba de nuestro aserto.

Francia, durante la última conflagración, dió al mundo el espectáculo de la "unión sagrada", pero con función forzada y transitoria, de las fuerzas vivas nacionales, no reveló el verdadero carácter de la gran nación que los hombres libres hemos aprendido a amar. Si, en el curso de su historia, el pueblo francés hubiera permanecido siempre unido y solidario, sumiso a la voluntad de sus amos, la humanidad no tendría, actualmente, motivo alguno de gratitud hacia Francia. La paz interna de los pueblos, cuando ella implica la servil existencia de las masas a un orden social basado en la injusticia, equívale a estancamiento y regresión. Tan sólo las naciones que, en los momentos supremos, saben afrontar el desgarramiento para liberarse de sus verdugos, merecen la admiración del mundo. Por eso la Francia que unamos, la Francia cuyo nombre afecta a la Francia rebelde, la nación de la lucha implacable contra tiranos y explotadores, la Francia inmortal de 1789 y de 1848.

Esa Francia nuestra, esa Francia ideal de nuestros escuajos renovadores, parecía muerta. Bajo el manto cubridor de la "unión sagrada", bajo la aplastante conspición de la mentira organizada por militaristas, diplomáticos y banqueros, el viejo espíritu revolucionario que otrora hiciera de Francia el faro del progreso humano, parecía definitivamente extinguido. La Tercera República lle-

gó a ser, en estos años luctuosos de la post-guerra, el país conservador por excelencia, la tierra del "orden" y del "equilibrio" en un mundo agitado por inquietudes nuevas, profundamente turbado por ansias de renovación social.

El gobierno del Bloc Nacional, bajo la dirección de Millerand y Poincaré, ha escrito negras páginas en la historia de Francia. En el breve espacio de cinco años, suplantó a la nación francesa las simpatías del mundo, conquistadas durante más de un siglo, y sus las cuales jamás hubiera obtenido la victoria en la reciente guerra. Constituyó a Francia en foco de conspiraciones monárquicas, armó y subvencionó a cuatro aventureros zaristas que intentaron ahogar en sangre la revolución rusa, aceptó gustosa el apoyo traccionario y clerical de la Acción Francesa, entregó los destinos del país a los industriales de la muerte y a los reyes de la financa. Desfrendando las esperanzas de los pueblos, el Bloc Nacional orientó la política exterior de Francia en el sentido del aislamiento y de la violencia; ni sistema de la seguridad basada en la cooperación internacional amplia, al ideal de la Sociedad de las Naciones, prefirió el viejo método de los armamentos sin limitación y de las alianzas porciales. Trocó la amistad, lealtad, del Imperio Británico, de Italia, de América, por el apoyo, modo, precario e ilusorio, de Bélgica, Rumania, Polonia y Checoslovaquia. Restauró las peores tradiciones del imperialismo francés, convirtiéndole el nombre de Francia, en signo de reacción y oprobio. Mas he aquí cuando su reino parecía más sólido, cuando ya el mundo había perdido la esperanza de ver surgir la otra Francia, batalla de promesas, el autor de un "nuevo día".

Saludamos, en el triunfo brillante-obtenido por los partidos de la izquierda en las recientes elecciones, el despertar del alma revolucionaria, la resurrección de nuestra Francia. Pocos veces, como ahora, un pueblo ha manifestado tan claramente su voluntad de salirse, ya repudiar inequívocamente un gobierno nefasto, traidor al ideal de 1789. Con Poincaré, responsable de la guerra a igual título que Guillermo II, derribóse la odiosa Francia militarista y clerical; con Millerand, Julas de "socialismo", fue vencida la "amoral" reacción capitalista. Ahora el mundo espera de nuestra Francia que cumpliendo la promesa de Herriot, "declare la paz a todos los pueblos de la tierra".